

LIBROS

Delibes: diario de una vida

Miguel Delibes es, sin duda, uno de los mejores escritores castellanos vivos. Nacido en Valladolid en 1920, es catedrático de Derecho Mercantil y periodista. Ya en 1947 ganaba el Premio Eugenio Nadal con *La sombra del ciprés es alargada*. En la actualidad cuenta con más de treinta obras publicadas. Tal vez sea por esta asiduidad que se suele pasar sin comentar sus obras. Y puede ser también por una visión equivocada de sus valores.

En esta ocasión vamos a comentar primero una novela que apareció ya en 1958 y que se ha reeditado recientemente, además de hacerlo también sobre otra que constituye su novedad actual.

El *Diario de un emigrante* (1) es la continuación de *Diario de un cazador* y es, como aquél, el diario de Lorenzo. Nos narra en esta ocasión las peripecias de su personaje, quien decide irse con la chavala de emigrado a Chile, desde donde los tíos de ella les pagan el pasaje y le ofrecen trabajo. El argumento no es más que eso, no es menos que eso: el itinerario vivencial de un hombre que ha de salir de su tierra para acabar regresando porque "te pones a ver, y como en casa, en ninguna parte": la nostalgia, la inadaptación, los proyectos.

Pero lo importante en el trabajo de Delibes es el mundo tan auténtico que sabe crear. La riqueza de su lenguaje. El conocimiento que tiene del habla cotidiana lo sabe utilizar genialmente para transportarnos al mundo que él quiere mostrar, empleando una asombrosa cantidad de giros, de expresiones que dejan de ser vulgares, que se entretejen artísticamente ofreciendo al lector un verdadero placer según van consumándose esas páginas encantadoras. Un texto real, tierno, fami-

(1) Miguel Delibes: "Diario de un emigrante". Destino. Ediciones Destino.



Miguel Delibes.

liar, que, de ser el primero que leemos del autor, nos empujará indefectiblemente a otras obras suyas: *Cinco horas con Mario*, el monólogo de una mujer ante el cadáver de su marido; *Las ratas*, un pueblo enfrentado al drama de la subsistencia como consecuencia de la guerra; *La hoja roja*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, una descripción de la bueguería provinciana, etc.

Y la más reciente: *El disputado voto del señor Cayo* (2), un intento afortunado de retratar el momento que vivió España ante las elecciones generales de junio de 1977.

Como en otras novelas suyas, no se trata de hacer mero costumbrismo, sino de que la descripción sea el ropaje de una idea, de un pensamiento. De un hecho. En esta oportunidad, aparte de la ambientación lograda de una situación tal vez demasiado cercana para poder aprovechar todo lo que da de sí, se plantea una dura crítica contra los partidos políticos que pugnan entre sí con el único objetivo de conseguir los votos que les encumbren al poder. Pero más allá de las organizaciones, de la actividad desplegada por la fiebre electoral, está el ser humano que comprende la inutilidad de tanto cartel, tanta insignia, tanto grito de consigna. Que es capaz de entender su propia rutina, su dis-

(2) Miguel Delibes: "El disputado voto del señor Cayo". Ancora y Delta. Ediciones Destino. La gran parte de la producción de Miguel Delibes se encuentra en esta editorial.

tancia, ante donde está verdaderamente su origen, ante su esencia auténtica.

Es el enfrentamiento entre la ignorancia camuflada de política y la cruda existencia del hombre.

Por ello, el voto del señor Cayo no será para nadie, ni para el fanatismo violento de unos, ni siquiera para el deseo bienintencionado y redentor de otros.

Porque su vida se mueve en otro universo, sin duda más cercano a su naturaleza. Y el autor de la novela sabe crear una historia sencilla que bien pudiera ser real, a partir de la que nos permite obtener nuestras propias conclusiones. Con ese estilo que continúa siendo tan propio, que recrea la realidad circundante y que se recrea a sí mismo como estilo llano, sin complicaciones innecesarias.

Una obra amplia que nos ofrece un objetivo nítido: la vida; pero la vida en su sencillez, en su verdad, la vida desmenuzada, sin recovecos. Y, si es preciso, como esa lúcida borrachera de Víctor, el diputado, que le descubre el cerco falso y absurdo donde se debate.

Delibes, un gran novelista que sigue contando. ■ VICTOR CLAUDIN.

"Sexus", con retraso

En 1944 (el mismo año de su boda con Janina Lepiska y del nacimiento de su hija Valentine), Henry Miller termina *"Sexus"* (1), primera parte de la trilogía que, con el extravagante título general de *"La crucifixión rosada"*, llegaría al punto final en 1960 con la publicación de *"Nexus"*.

"Sexus" se convierte en la empresa literaria más ambiciosa de Miller hasta ese momento, pero representa ya la curva descendente de su obra, tras el éxito de los *Tropicos* y la serenidad de *"El coloso de Marusi"* (1941), este último considerado siempre por Miller como su mejor relato.

Con *"La crucifixión"* Henry Miller intenta una visión filosófico-existencialista de la experiencia sexual, pero ya algunos

(1) "Sexus" ("La crucifixión rosada"), H. Henry Miller. Alaguara/Bruguera. Madrid, 1978.

de sus comentaristas echaron de menos, en su momento, el sarcasmo y el sentido vitalista de sus libros escritos en París, su etapa más original y fructífera.

La narración de *"Sexus"*, obra en la que algunos críticos han visto raíces de filosofía oriental por el emparejamiento entre lo erótico y lo espiritual, aparece estructurada en dos niveles muy definidos: el plano que pudiéramos llamar "objetivo" o descriptivo y el "subjetivo" u onírico. Este último es el más flojo de la novela.

Miller, que es un buen observador, capaz de escribir en corto y por derecho, en la línea de sus coetáneos norteamericanos de la "generación maldita", se empeña frecuentemente en lanzar parrafadas pseudoprofundas y "trascendentes" sobre el mundo y las cosas, y ahí, justamente, es donde empieza el "mensaje", es donde acaba el



Henry Miller.

mejor Miller. En Miller hay una voluntad mística permanente que se contraponen al puro existencialismo sexual y medular de sus novelas, pero el autor se obstina en reflexionar demasiado sobre esta dualidad, y muchos de sus buceos mentales acaban siendo el parto de los montes y un amasijo de confusión repetitivo.

A estas alturas nadie puede negar que Miller es un escritor de gran oficio y una tenacidad a toda prueba, aunque a fuerza de proclamarse "artista" y de querer explicar a los lectores lo distinto que se siente un escritor al resto de la gente, su monólogo, en ocasiones, adquiere resonancias narcisistas en esa